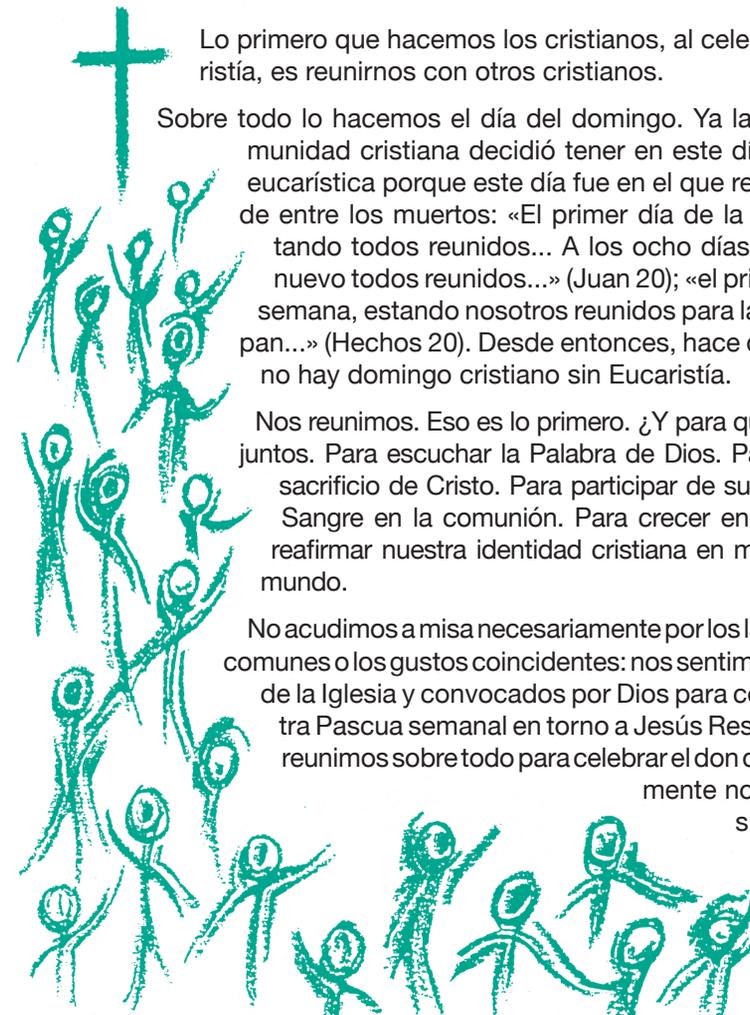


## NUESTRA ACTITUD EN MISA

- venimos a misa para celebrar algo en común; esa debe ser nuestra actitud, y no la de encerrarnos en nosotros mismos: somos Pueblo de Dios, somos el Cuerpo de Cristo, somos una comunidad,
- porque todos formamos esta Iglesia en pequeño, los demás tienen en algún sentido derecho a nuestra presencia; así les ayudamos a celebrar mejor y a animarse en su fe,
- debemos ser puntuales: por respeto a la comunidad y a lo que vamos a celebrar; en los primeros minutos (con el canto, el saludo, etc), incluido el ensayo de los cantos, se prepara y se da sentido a toda la celebración; sobre todo ¿se puede decir que he «participado en la misa entera» si no llego a las lecturas, ahora que todos vemos que son tan importantes en el conjunto de la Misa?,
- no deberíamos quedar dispersos por los bancos de la iglesia, sino agruparnos razonablemente delante, para crear un clima más concreto de comunidad celebrante,
- debemos adoptar una postura interior y exterior de activa participación: escuchando atentamente, orando, cantando, comulgando; porque es toda la comunidad la que celebra, y no nos podemos contentar con una asistencia pasiva,
- participamos en la Eucaristía dominical con gozo: no sólo porque es un precepto (las cosas no son importantes porque estén mandadas, sino que están mandadas porque son importantes), sino porque necesito la Eucaristía para seguir viviendo nuestra fe y creciendo en nuestra conciencia de que pertenecemos a una comunidad cristiana: la Iglesia.

# Nuestra Eucaristía – 1

## NOS REUNIMOS



Lo primero que hacemos los cristianos, al celebrar la Eucaristía, es reunirnos con otros cristianos.

Sobre todo lo hacemos el día del domingo. Ya la primera comunidad cristiana decidió tener en este día su reunión eucarística porque este día fue en el que resucitó Jesús de entre los muertos: «El primer día de la semana, estando todos reunidos... A los ocho días, estando de nuevo todos reunidos...» (Juan 20); «el primer día de la semana, estando nosotros reunidos para la fracción del pan...» (Hechos 20). Desde entonces, hace dos mil años, no hay domingo cristiano sin Eucaristía.

Nos reunimos. Eso es lo primero. ¿Y para qué? Para orar juntos. Para escuchar la Palabra de Dios. Para ofrecer el sacrificio de Cristo. Para participar de su Cuerpo y su Sangre en la comunión. Para crecer en nuestra fe y reafirmar nuestra identidad cristiana en medio de este mundo.

No acudimos a misa necesariamente por los lazos sociales comunes o los gustos coincidentes: nos sentimos miembros de la Iglesia y convocados por Dios para celebrar nuestra Pascua semanal en torno a Jesús Resucitado. Nos reunimos sobre todo para celebrar el don que continuamente nos hace Dios: su Palabra y su Eucaristía.

## TODOS CELEBRAMOS

Los cristianos somos invitados no sólo a «oír misa» o «asistir» a algo que hacen otros, sino a «celebrar» la Eucaristía.

El Misal nos dice: «En la misa o Cena del Señor el pueblo de Dios es reunido, bajo la presidencia del sacerdote que hace las veces de Cristo, para celebrar el memorial del Señor o sacrificio eucarístico» (núm. 27).

Toda la comunidad celebra y participa. Aunque no todos actúen en los ministerios: no todos leen o dirigen cantos o predicán o bendicen. Pero todos se sienten Iglesia, todos acogen la Palabra de Dios, todos oran y cantan, todos dan gracias y ofrecen y pueden participar de la comunión.

Más aún, Jesús nos dijo: «Donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos». Este es el título mayor de dignidad de la comunidad reunida. Por eso el que preside, cuando saluda en nombre de Jesús a los presentes, dice: «El Señor (Jesús, el Resucitado) esté con vosotros». El Misal lo comenta diciendo que así «manifiesta a la asamblea reunida la presencia del Señor» (núm. 50).

## TODOS PECADORES Y DÉBILES...

Todos los que nos reunimos para la Eucaristía somos pecadores. La Eucaristía no es sólo para los santos. Es la fuerza y la medicina que Jesús pensó darnos para nuestro camino: él mismo se ha hecho nuestro alimento, en la Palabra y en la comunión.

Precisamente porque somos débiles y pecadores, normalmente la misa empieza con un acto penitencial: «Yo confieso...», o bien: «Tú que te entregaste por nosotros, Señor, ten piedad».

## ... PERO TODOS CRISTIANOS

Si lo de ser débiles nos une, hay otra marca que nos identifica a todos los que vamos a misa: somos cristianos, estamos bautizados.

Por eso los domingos -sobre todo los de Pascua- podemos dar inicio a nuestra celebración con la aspersion, recordando el Bautismo por el que fuimos incorporados a Cristo y a su Iglesia.

Y a la entrada de la iglesia suele haber una «pila de agua» en la que mojamos nuestra mano y nos santiguamos: así entramos a misa recordando que somos bautizados. Aunque seamos débiles y pecadores, estamos en nuestra casa.

## LA ESTRUCTURA DEL RITO DE ENTRADA

1. El sacerdote, con sus ayudantes, entra en procesión. La comunidad le acoge con un canto de entrada.
2. El sacerdote, después de besar el altar e ir a su sede, saluda a la comunidad, que le responde. Y le puede dirigir unas palabras introductorias.
3. Todos juntos recitan el acto penitencial, pidiendo a Dios su ayuda y su perdón.
4. Si no se ha hecho en el acto penitencial, se dicen las aclamaciones «Señor ten piedad».
5. En días solemnes se dice o se canta el himno «Gloria a Dios en el cielo».
6. Y finalmente, el sacerdote, después de dejar unos momentos de silencio, dice en nombre de todos la breve oración que da el sentido a la Eucaristía del día.

La finalidad de estos elementos es, según el Misal (nn. 46-47):

- a) crear en los presentes la conciencia de que somos una comunidad celebrante,
- b) prepararnos a las dos cosas principales que vamos a hacer: escuchar la Palabra y celebrar la Eucaristía,
- c) dar el tono y el clima justo a la fiesta o tiempo litúrgico que celebramos.

## EL SACERDOTE PRESIDE EN NOMBRE DE CRISTO

A esta comunidad de cristianos hay una persona -el presidente- que les hace este servicio ministerial: representa a Cristo.

Ya en el año 150, cuando san Justino describía la misa de los cristianos, hablaba del «que preside, el presidente», o sea, el que «se sienta delante», y dice que es él quien predica y quien proclama la plegaria central de la misa.

El presidente verdadero -y el Maestro y el Alimento y el Guía- de la comunidad cristiana es Cristo Jesús. Pero él mismo ha querido dar a algunos cristianos, por el sacramento del orden, la gracia y el ministerio de quedar configurados a él como Cabeza y Pastor de la comunidad, y así pueden recibir el encargo de presidir la Eucaristía en su nombre. Por eso se sientan delante. Por eso predicán. Por eso toman la palabra en la plegaria eucarística y pueden decir «esto es mi Cuerpo». Por eso bendicen.